

## Notas sobre la posibilidad de una nueva generación intelectual

Roque Farrán<sup>1</sup>

### I.

“¿Cómo impulsar una fuerza política progresista en Córdoba?” Así se titula una carta abierta que escribió Diego Tatián, y asimismo finaliza:

“La generación de una fuerza progresista en Córdoba pensada como un encuentro de transformación mutua entre quienes llevan adelante algún tipo de compromiso militante, quienes trabajan con las manos y quienes trabajan con las palabras y las ideas. Como una gran convocatoria a los artistas, los hombres de ciencia, los intelectuales, los trabajadores organizados, los trabajadores en soledad, los desocupados, los maestros, las fuerzas de estudiantes que procuran estar en sintonía con la antigua potencia transformadora del movimiento estudiantil; los artesanos, los que se oponen a los desalojos de campesinos; los que se organizan para preservar los bosques, el suelo y el agua; los que se oponen al saqueo minero; los que trabajan en las cárceles, en los hospitales de locos, en la salud comunitaria; los que se enfrentan al envenenamiento de la alimentación; los organismos de derechos humanos, que han sabido perseverar a través de las generaciones... Muchos, ¿no?”

¿Desde dónde habla un intelectual? ¿A quién le habla? ¿Cuál es la especificidad de su intervención? ¿Quién y qué cuenta allí? Creo que el problema se manifiesta a la hora de preguntarse ¿quién habla? ¿Desde dónde se dice lo que se dice? ¿Cuál sujeto? (*Qui suis je?*) Es decir el problema de si existe o no un metalenguaje. Está visto que no basta con optar por la negativa, porque el problema es recurrente: “sí, sí, acuerdo con lo que decís, pero ¿desde dónde lo decís?” Es que cada quien teje como puede sus ideas y al momento de ponerlas en común, junto a otros, no puede evitar cierta torsión de las condiciones de enunciación que evocan por eso mismo una suerte de metalenguaje. La torsión, la inflexión o el pliegue no son lo mismo que la reflexión, la representación o el saber (o dominio). Me explico: imaginemos que el lenguaje es una banda de Möebius, es decir, una superficie no orientable con una sola cara; hablar entonces será como trazar puntos en esa superficie unilátera, puntos que pretenden ir de un lado a otro (significante/significado), pero lo cierto es que no hay otro lado. En un cierto sentido, podemos decir, los puntos son continuos. Sin embargo, no todo es lo mismo pues hay un pliegue/torsión en el recorrido. De ese pliegue uno intenta dar cuenta cuando

---

<sup>1</sup> Becario investigador de UNC/Conicet.

pretende llegar a un punto cualquiera que pareciera estar del otro lado (y por lo tanto uno se esfuerza) pero es el mismo. Ese pliegue, torsión o síntoma toma distintas figuras según las vicisitudes pulsionales: falta, carencia o exceso. La tensión irresoluble que nos moviliza (a cada quien según un modo propio) es *insignificantizable*, por eso al tratar de ponerla en común se oye mal (es disonante): en demasía o demasiado poco (inaudible). Pero es inevitable intentarlo y en alguna medida fracasar, de eso se trata justamente: de soportar la pérdida, la fuga de sentido y aún así ensayar figuras, lógicas y conceptos. No estamos eximidos de eso, por más intelectuales que seamos; es más, si de algo deberíamos estar advertidos como intelectuales es que no hay metalenguaje, que, en cambio, hay síntoma y que nombrarlo cada vez es un riesgo. Un error grave sería creer que el lenguaje es nuestro dominio, que nos pertenece y que podemos asimismo manejar a nuestro arbitrio lo que decimos, su orden de exposición y sus consecuencias. Hasta cierto punto sí pero hasta cierto punto NO. Podemos hacer un esfuerzo para ser lo más claros posibles, pero eso no depende enteramente de nuestras buenas voluntades; no, al menos, si seguimos en su decurso al síntoma y procuramos decir en consonancia con semejante torbellino (que nos arrastra). He allí la *fuera*.

Me acuerdo de una simpática proposición universal dicha al pasar, si mal no recuerdo, por alguno de esos dirigentes (diligentes) estudiantiles enfervorizados que solía uno cruzarse por ahí, en los ámbitos universitarios cordobeses: “todo es política, hasta hacer una torta es hacer política” –decía sin ruborizarse el susodicho. Entonces, claro, una cosa era envalentonarse con el famoso cuantificador lógico universal, el Todo, en el cual cabe “justamente” todo de todo –de proposiciones a tortas– y otra muy distinta cuando se trata de componer listas más o menos ingeniosas (¡ni hablar de las partidarias!) como las que ensayaba Don Borges en “El idioma analítico de John Wilkins” ¡Es un problema metódico! Méto-(to)do en la misma bolsa, de la que saldrán algunos gruñidos y chillidos –al decir chestertoniano: estudiantes con flequillo, proxenetas estudiosos, ecologistas de última hora, ideas melancólicas e ideólogos oportunistas, profesores gauchitos, milongueras zapatistas, todos, todos, la lista interminable de todos los progresistas más *progress* de todos los tiempos ¡Vaya reunión! ¡¿Cómo no iría a surgir de allí algo que se le opusiera a esta avanzada derechista!? Sin embargo algo suena a hueco, a inconsistente, en los argumentos que se oyen esgrimir por aquí y por allá en torno a los motivos de reunión, en torno a las voluntades invocadas, en torno a los esfuerzitos necesarios, entre todos. (He allí por otra parte donde se vislumbra la relevancia, aparentemente tan abstracta, de pensar una

teoría rigurosa –matemática– de la inconsistencia junto a una teoría de las multiplicidades genéricas –política pero también artística, científica y amorosa– tal como lo hace Badiou) Pues, ¿a quiénes se dirigen ciertos lamentos nostálgicos en torno a que no se pueda conformar una “contrafuerza”? ¿De dónde proviene la fuerza? ¿De dónde proviene la magnitud de lo que cuenta, el “número activo”? Hay demasiadas suposiciones, claro que sí. Se suponen determinados sujetos a los saberes esperados y en cambio se de-suponen otros, así funcionan las transferencias. El problema sigue siendo esperar que los olmos nos den peras y los intelectuales Ideas y los partidos políticos, no porque recaiga alguna prohibición sobre los géneros inadecuados (¿qué habría de malo en reunir lo heterogéneo, si de eso se trata verdaderamente la política emancipatoria?) sino porque es necesario dejar de suponer para comenzar a trabajar efectivamente desde el lugar simbólico que cada quien pueda *forzar* y dislocar, es decir: *a generar e invocar desde la inmanencia de lo real*. Es el paso imprevisto que se da sin saber, por ejemplo en psicoanálisis entre la transferencia idealizante y la transferencia de trabajo, entre la espera pasiva (aunque se diga activista) “a que las voluntades se junten” y el trabajo efectivo con las subjetividades deseantes. No se trata de suponer ingenuamente, o con voluntad, o de ser cínico, se trata más bien de pensar, de empezar a pensar. ¿Pensar alguna vez mató a alguien, pensemos? Quizás marque la diferencia, al fin.

## II.

**Lo Mismo y lo Otro.** ¿Qué tienen en común las pinturas rupestres de las grutas de Chauvet y las pinturas de Picasso? ¿Qué tienen en común la rebelión de los esclavos dirigidos por Espartaco contra los romanos y el movimiento espartaquista dirigido, entre otros, por Rosa Luxemburgo?, ¿es mera homonimia, acaso? ¿Qué tienen en común la invención matemática de los múltiples genéricos por Paul Cohen y Mayo del 68, o el Cordobazo? La cosa se empieza a complicar aún más cuando mezclamos los géneros ¿no? Porque aún en las otras preguntas, aunque en apariencia forzadas, podíamos entrever un lejano parentesco; no es el caso cuando hablamos de matemática y política.

En necesario complejizar un poco el tema de la “diferencia”. Hablemos mejor de las diferentes “diferencias” a fin de no caer en identificaciones precipitadas ni diferenciaciones rígidas. Por ejemplo: ¿es lo mismo un “campestre” que se dice histó(é)ricamente excluido de la situación Argentina/2009 que un “sin tierra” que, según el nombre (ni que hablar de la otras condiciones materiales), efectivamente lo está?

¿Podemos pensar *esa* diferencia o todo da lo mismo en el interminable juego retórico/simbólico? A partir de aquí esbozo un desarrollo impropio sobre estos tópicos, que teje los aportes de Lacan, Milner y Badiou. Veamos:

La diferencia entre lo mismo y lo otro admite en el nudo borromeo al menos tres declinaciones, según se la articule en el registro imaginario, simbólico o real. Así podremos retrazar la diferencia irreductible entre el modo de operar desde los saberes instituidos, por una parte, y las heterogéneas modalidades que operan las verdades subversivas, por otra parte. Es posible sostener a partir de allí la *irreductibilidad de lo real* del acontecimiento a la mismidad de las nominaciones conocidas, sin caer en la idea de lo inefable (misticismo); para ello habremos de pensar la mismidad no sólo en los registros imaginario y simbólico sino especialmente en lo real.

Lo Mismo y lo Otro en lo imaginario se establecen a partir de la atribución de propiedades de (i) semejanza, que incluyen en una clase todo término múltiple que posea el rasgo identificante, y (ii) desemejanza, que excluyen aquellos términos que no lo poseen (Milner). Lo Mismo y lo Otro, en lo simbólico, se declinan de la manera más simple a partir de la sola diferencia significativa, pues éste, según la clásica definición saussiriana, no es más que pura diferencia y oposición respecto al resto. Un significante no es más que para otro significante, su mismidad, su ser, depende de la cadena articulada en un discurso cualquiera; mientras que lo otro sería el conjunto imposible (virtual) de los espacios en blanco entre la cadena, lo que se escribe por tanto con mayúsculas: Otro. Así podemos pensar homologías estructurales entre distintas cadenas significantes *sola positione solo número* independientemente de la lógica de las semejanzas y atributos predicativos que dispone lo imaginario. Los significantes se sustituyen y desplazan sobre los dos ejes discursivos: metafórico y metonímico (Jakobson); si se puede demostrar que determinado término, independientemente de sus rasgos o cualidades, ocupa el mismo lugar y función que otro en otro sistema entonces podremos considerarlos homólogos.

Ahora bien, ¿cómo circunscribimos lo Mismo en lo real si no contamos ahora con rasgos o cualidades positivas, propias de lo imaginario, ni con las puras relaciones diferenciales del significante (simbólico)? (Dejaremos por ahora en suspenso lo Otro en lo real) Es justamente en este terreno (inhóspito) de lo in-diferente y lo in-discernible

que la afirmación de una mismidad in-existente se inventa. Dos múltiples paradójicos, dos acontecimientos sin nada (en) común entre sí, se conectan por medio de una intervención insólita que se sustrae al orden del sentido regulado por la imbricación entre simbólico (S) e imaginario (I). La conexión trans-legal (suspensión de la ley o estructura) es (i) una decisión de pensamiento, (ii) una apuesta, (iii) un axioma, (iv) un *coup de dés*, (v) un concepto nuevo, que no existían antes en la situación. El compromiso ético como también epistémico, político y ontológico asumido en la afirmación de tal (in)existencia, desemboca en la fidelidad de lo que Badiou denomina un *proceso genérico de verdad*. Por supuesto, se recurrirá a términos y nombres de la situación para efectuar las conexiones trans-legales, pero al hacerlo *bajo condición* de lo indiscernible se trastoca el orden naturalizado de clases y estructuras (leyes), se aparean términos heterogéneos y dispares entre sí desde el punto de vista dominante y sus posibles (se evitan los “determinantes enciclopédicos” del saber). La nueva consistencia no admite jerarquías fijas, los términos se entrelazan indistintamente y lo que importa aquí es el entramado más que los rasgos imaginarios o lugares simbólicos prefijados. El saber popular, diremos, el “saber del pueblo” no se distingue de los saberes dominantes por su cualidad imaginaria de “pueblo”, sino por la ruptura con cualquier cualidad que determine qué es lo heterogéneo y que descalifique así de un modo u otro a un múltiple genérico (fueron por ejemplo las limitaciones históricas que existieron en el movimiento obrero contra las mujeres, los homosexuales o los inmigrantes) ¿Estaríamos en Córdoba aún bajo condición de la movilización colectiva radicalmente heterogénea que se dio en llamar “el cordobazo”? Si es así, ¿cuál sería la especificidad de una praxis intelectual en consonancia con tal acontecimiento? El rigor de pensamiento que exige semejante heterogeneidad excede la exhaustividad de cualquier listado de rasgos dispares; exige movilizar conceptos.

### III.

**Heterogeneidad.** Cuando se menciona la heterogeneidad, la diversidad o la diferencia, entonces, bien podríamos pensarlas desde el registro imaginario, es decir, delimitando rasgos, atributos o propiedades cuya posesión determinaría las comunidades o clases de semejantes “diferenciados” (diversos o heterogéneos) de otros; o bien podríamos pensarlas desde el registro simbólico, es decir, como simples marcas posicionales donde unos se limitan a *no ser* los otros, por el mero hecho de pertenecer a distintas cadenas de

equivalencias configuradas en un momento dado i.e. en el espacio social, que luego, por supuesto, pueden variar y recombinarse de otro modo (alianzas y estrategias); por último, podríamos pensar la heterogeneidad desde el registro real, donde no hay rasgos ni marcas diferenciales, sólo imposibilidad radical, agujero o pura multiplicidad.

Pero Lacan nos propone aún otra forma de pensar lo real, a partir del nudo borromeo, que resulta de la combinación un tanto enigmática de tres agujeros heterogéneos: real, simbólico e imaginario. Una consistencia nodal. ¿Cuán heterogénea ha de ser la heterogeneidad? Tanto como para decir que no se sabe qué los sostiene, pero están tan anudados que si uno cualquiera de los términos se corta los otros dos ineludiblemente se soltarán. Nos puede servir de ayuda el nudo, entonces, para pensar la articulación en el espacio social. En lugar de clases homogéneas (imaginario), o cadenas de equivalencia (simbólico), o puras multitudes espontáneas (real) ¿los tres anudados?

Se entiende así porqué cuando me refería a esas listas improbables formadas por “heterogéneos” (imaginarios) progresistas, aludía a la limitación y exterioridad de un llamado que sólo apelaba al registro simbólico (cadenas de equivalencia) para luchar contra lo peor, expresado allí por aquéllos personajes de derecha que conforman clases imaginarias bien homogéneas y claramente constituidas. En realidad uno tendría que pensar que si se trata de una política spinozista, el llamado debería partir desde la inmanencia de lo real y material, desde lo que anuda efectivamente y no desde una suerte de apelación externa y abstracta al “voluntarismo” o remembranza de otras épocas (“¿se acuerdan cuán progresistas solíamos ser?”). La pregunta eterna: ¿cómo convocar (a pensar) desde la inmanencia?

Aquí podríamos decir que hay *grosso modo* dos ontologías políticas contrapuestas (quizás tres): una vinculada a la falta o negatividad *à la* Laclau, fundamento ausente de todo orden social que conlleva, por lo tanto, realizar articulaciones equivalenciales en torno a la falta (por ejemplo: cada posición cuenta-por-uno en tanto sólo se trata 'en última instancia' de sumar -votos); otra “inmanentista” *à la* Negri, que privilegia la unión de la multitud espontánea donde lo que importa es la ebullición de la potencia y no una articulación de cadenas de equivalencia ni nada que amarre demasiado. (Vemos cómo los nombres referenciales pueden cambiar su lugar, ya no sabemos bien quién es spinozista y quién hegeliano).

Es que las apariencias engañan, dijo Perogrullo. Está claro que a la gente en una organización colectiva se la puede convocar al menos de tres formas: a) tocando la falta *vía* la culpa cristiana que tanto esfuerzo ha costado inculcar, y azuzando así la figura

mandataria por excelencia: el superyo; b) tocando el exceso *vía* la exacerbación de la ambición capitalista mediante la promesa de una recompensa gratificante, entiéndase: beneficios concretos; o c) en una suerte de equilibrismo imponderable entre falta y exceso, convocando a los “especialistas” y técnicos para que hagan lo que saben hacer mejor: cumplan su rol y función específica sin pensar demasiado. Tres ontologías políticas.

Yo me pregunto si habría incluso una cuarta, una que tense las cuerdas *necesarias* desde adentro, que toque lo *real* como nudo material, que convoque aquellas singularidades específicas que trabajen desmarcadas de los Nombres (significantes) y rasgos particulares, que tejan de manera anónima y translegal las materialidades encontradas en función del deseo propio: subjetividades deseantes, anómalas, no “técnicos” ni “semejantes” ni “equivalentes según la ocasión”. ¿Habrá una ontología política de tal índole, tan heterogénea? Les dejo la pregunta.

#### IV.

**Generación intelectual.** Buscando generar algún cruce efectivo entre las distintas materialidades deseantes, buscando pulsar desde adentro, en inmanencia y ruptura, es que me encontré con el libro de Omar Acha “La nueva generación intelectual”. Quizás por mi sesgo psicoanalítico, soy particularmente receptivo a la cuestión afectiva (transferencial) que intenta formular Acha, es decir, los obstáculos epistemofílicos – como solía decir Pichón-Rivière– más que epistemológicos, que pueden estar en la base de la inhibición presente, deteniendo el devenir (en) acto de una nueva generación intelectual. Por eso transcribo aquí una larga cita de su texto que, según mi perspectiva, expresa el tópico más interesante de su planteo:

Es preciso que reflexionemos sobre los objetivos de la intelectualidad aun sobreviviente de eras precedentes, y que aquilatemos lo vigente de sus obras. La distinción conceptual propuesta por Raymond Williams es útil en esa faena. Yo diría que hay posiciones intelectuales arcaicas, ahítas de presunciones culturales inertes. Hay otras que son residuales, es decir, que pertenecen a tiempos idos pero son aun utilizables bajo el tamiz de nuestras preguntas actuales. Y por fin están las actitudes emergentes, las que se alzan entre el tupido bosque de los prejuicios contemporáneos para inaugurar nuevos campos de la inteligencia y la sensibilidad. Para que la nueva generación consume su emergencia y recicle los elementos residuales positivos es necesaria una actitud de autoconstrucción positiva. Debemos conquistarnos, apropiarnos de nuestras posibilidades, para emanciparnos de la cárcel de nuestros antepasados. Lo escandaloso es que individuos de nuestra generación -que no será propiamente tal hasta que no se atreva a. pensar con un

órgano propio de mil cabezas- no están eximidos de alinearse con figuras intelectuales arcaicas y residuales. Se suman a sus proyectos, a sus publicaciones, a sus discursos. Pienso que las nuevas capas intelectuales se solidarizan con la corte de la gerontocracia cultural por la carencia de una vocación generacional. Tan pronto como sepamos plantearnos las tareas del saber y el hacer intelectual para nuestra realidad se oirán con claridad meridiana el rancio mundito de balbuceos de quienes tuvieron su oportunidad y supieron decir lo suyo. Para que una subjetividad se transforme, es decir, para que asuma una nueva identificación, es necesario que se desidentifique del objeto amado anterior. Si ese proceso no puede realizarse por la superación crítica del objeto (esto es puesto en concepto por lo que se llama "parricidio" intelectual) la alternativa consiste en desplazar el afecto hacia otro objeto. Creo que tememos carecer de ese objeto, porque intuimos que sin ello nace la angustia del sinsentido. Yo les propongo que ese objeto del amor colectivo sea el de una generación que sostenga una vocación de crítica radical. Asumamos el desafío de inventar nuestras propias formulaciones." (pp.53-54)

¿Cómo desinvertir los lazos afectivos libidinales (deseantes) proyectados estérilmente sobre las figuras referenciales (arcaicas y residuales) dominantes, para poder reinvestir así nuestra (im)propia generación y llevar a cabo la tarea/trabajo que esto implica? Doble trabajo de duelo por el objeto perdido y reelaboración (invención) efectuado junto a otros (dis)pareos. Pero, ¿es verdaderamente posible llevar a cabo esta tarea de manera conjunta/colectiva?, ¿o sólo es posible tal grado de exposición a la falta (de fundamentos), y a la angustia correlativa que esto genera, en el ámbito protegido de un espacio terapéutico? No me dejan de sorprender las innumerables resistencias y objeciones que surgen ante algunas de las más simples constataciones referentes a nuestra época. Invertir el "ser-con", el "ser-junto" como dice Jean Luc Nancy, sin subordinaciones o reduccionismos, sostener el espacio democrático a partir de múltiples aperturas, ¿cuán difícil puede ser atender estos simples requerimientos? ¿Se podrá alguna vez apelar a la inteligencia de las personas sorteando los obstáculos afectivos/transferenciales que las inmovilizan, o será esto una ingenuidad imperdonable?

Algunas preguntas más:

a] ¿Qué características tienen estos modos de captación y neutralización de las nuevas capas de intelectuales por parte de los referentes arcaicos y/o residuales? ¿Se los podría identificar –a estos modos– al estilo de transmisión del líder? b] ¿Hablar de nueva generación como tarea no es caer, acaso, en un voluntarismo? ¿No habría más bien que dejarla que sea si tiene que ser y si no, pues, no? c] ¿Cómo tratamos esta tensión ineluctable entre el "formalismo" de nuestras teorías, que nos parece tan

desafectivizado desde nuestros (otros) relatos ardorosamente “históricos”, y a la par el “afectadísimo” lenguaje que suele impregnar nuestros debates y que nos parece tan empalagoso desde nuestros (otros) rigores conceptuales?d] ¿Qué necesitamos saber? ¿Tradicición, cultura, matemáticas, calle y asamblea? e] ¿Hay canon? ¿Hay Padres? ¿Que se hagan éstos los boludos quiere decir, por eso mismo, que no nos marcan el paso en su boludez (en su “retirada”)? ¿Puede que el canon (o los valores del Padre) esté más bien sutilizado, o acaso –pensemos– cualquier cosa es posible hoy día? Hay cosas que están mal vistas, obviamente –no sólo preguntar. Aunque ya nadie se encarga de decirlo formalmente o “de frente”, se dice (*Das man*); lo cánones funcionan impidiendo convergencias consideradas no válidas. Igual que siempre: los sistemas de parentescos, de intercambios, de alianzas y estrategias son determinados por el Padre (el canon) y sus valores. Sean Horacio González, o Beatriz Sarlo, o quien sea<sup>2</sup>, el problema no es si son buenos o malos, capaces o incapaces, el problema es lo que habilitan ellos mismos como referentes visibles/audibles en sus discursos (que van más allá de lo que ellos creen, por supuesto), es decir lo que abren y *composibilitan*; si abren a la multiplicidad y heterogeneidad o no; si habilitan anudamientos imprevistos o no. La frustración, el desgano, el desencuentro entre los que deseamos producir algo (x) y no meramente reproducir lo dado (lo que nuestros mayores “dominan”), proviene de la paradójica situación actual en la que *se dice* que “todo es posible”, pues nadie establece cánones, y sin embargo no toda producción es apoyada o estimulada o discutida (reforzamiento negativo se le llama a eso en el conductismo más básico, no hace falta castigo). Porque después de todo de eso se aprendería algo, de confrontaciones, de reformulaciones, de diferencias; pero como “nuestros padres” parecen no querer saber nada de confrontar (nos dejan hacer) obtienen de ello un doble beneficio: se evitan el desgaste de la discusión y sostienen no obstante su posición (suposición de saber) sin necesidad de defenderla abiertamente y de transmitir algo a partir de su fracaso (de la falla ineludible), pues ya nadie cree que tengan La razón y sin embargo, por lo bajo, la razón insiste, califica y descalifica, determinando soterradamente los *posibles*.

Por eso mismo yo insisto: hay que hacer saltar a los Padres, hacerlos chillar, porque se encuentran operando como siempre ha sido aunque esta vez se disimulen de amigos, de pares o de neutros funcionarios. Claro, no se trata tanto de los personajes imaginarios

---

<sup>2</sup> Son las figuras que nombra Acha en su libro; en nuestro ámbito local quizás podríamos sumar a Oscar del Barco, por poner un nombre que sigue siendo referencia en el mundillo intelectual cordobés.

que, según gustos y preferencias, nos podemos fácilmente imaginar, sino más bien de los valores que ellos mismos portan sin saber (sin *querer* saber), sin hacerse cargo. Los valores simbólicos, los cánones, siguen operando sólo que ahora no está bien visto que además alguien los re-presente. Aunque hay situaciones incómodas que, cada tanto, reclaman poner a alguien en su lugar ¿no?<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Por ejemplo a la hora de distribuir cargos, cátedras, publicaciones y menciones “nuestros mayores” parecen acoger sin ninguna autocrítica la máxima conservadora “¡Cada cuál a su lugar!”.